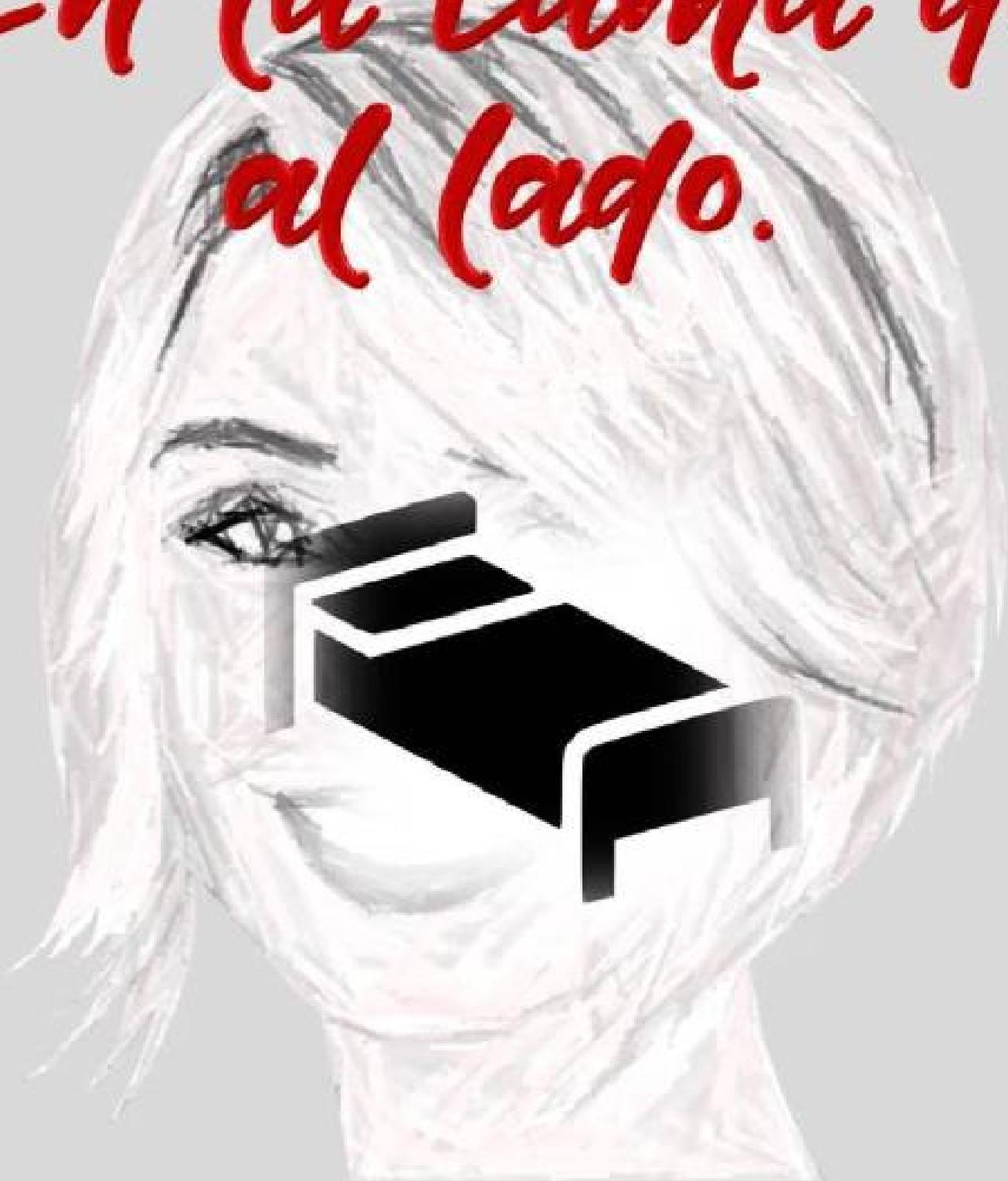


*En la cama de
al lado.*



Conde de San Xoán

condesanxoan.com

La mujer se encontraba delante de la puerta de la habitación intentando, sin mucho éxito, abrirla para poder acceder a su interior. Estaba tan absorta con la operación de introducir y extraer la llave magnética en la ranura dispuesta para ello que no se percató de la presencia masculina que se había situado a su espalda.

—Disculpe, quizá no es la llave adecuada. —Escuchó detrás.

Se giró y vio a un señor de unos cincuenta años que portaba en su mano derecha una llave similar a la suya, hasta los números grabados en letra negra sobre la misma eran muy parecidos, “316” rezaba, a diferencia del “319” que marcaba la que tenía en la mano.

Volvió a mirar al frente y buscó la numeración en la parte superior de la puerta, 316 indicaba el rótulo de la misma, llevaba un buen rato delante de la puerta equivocada sin haberse percatado de ello.

—No es que no agradezca el intento de acompañarme, no me entienda mal, pero creo que uno de los números puede estar bailando. —ronizó el señor.

—¡Huy!, lo siento, me he equivocado de habitación, he confundido...

—No se preocupe, los disléxicos también tenemos vida al derecho... —Continuó el hombre.

Tras un momento dudando sobre el sentido de esas palabras, esbozó una tímida sonrisa nerviosa y con una corta despedida se giró y avanzó unos metros por el pasillo hasta encontrar la puerta correcta.

El hombre, esbozando una ligera sonrisa, introdujo la tarjeta magnética que portaba en la mano, desbloqueando instantáneamente la puerta de la habitación. Antes de entrar dio un último vistazo de reojo para ver cómo la mujer había conseguido abrir la puerta y ya estaba entrando en su respectiva habitación.

Juan Carlos, así se llamaba el hombre, siguiendo una rutina que mantenía desde hacía muchos años, deshizo cuidadosamente la maleta, colocando con esmero la ropa en el armario y sacando el ordenador portátil que guardaba a la protección del medio de las prendas.

Encima de la mesa de la habitación preparó su oficina particular, colocando cuidadosamente el portátil, la agenda y el teléfono móvil, durante los siguientes días ese sería parte de su lugar de trabajo.

Una vez se hubo instalado, y presa de la sed del viaje, fue al baño y llenó un vaso de agua del lavabo, intentó beberla, en vano, pero tuvo que escupirla rápidamente por el sabor que tenía, se había olvidado que en esa ciudad el sabor del agua era desagradable. Miró el reloj y vio que le daba tiempo de ir a un supermercado a comprar una botella grande de agua, a la par que podía coger algo más para poder comer entre horas si se terciaba.

Salió al exterior del hotel y se dirigió a un supermercado que había en los alrededores, no era la primera vez que se hospedaba en ese sitio y conocía bien la zona.

Al volver, cargado con la bolsa de la compra se encontró en recepción de frente con la misma mujer del incidente con la puerta de habitación, estaba hablando por teléfono, hubo un momento en que sus miradas se cruzaron, tiempo que aprovechó para saludarla con un leve movimiento de cabeza, gesto que solo tuvo por respuesta un giro del cuerpo de ella queriendo ignorar

deliberadamente el saludo.

Dándose cuenta del detalle y sin darle mayor importancia siguió su camino hasta los ascensores que le subirían hasta la planta de su habitación.

Ya dentro dejó la botella de agua en la nevera que había en una de las esquinas y volvió a salir para ir a cenar, no tenía ganas de volver a pasear y pensó comer algo en el restaurante del mismo hotel y que se lo añadieran a la factura, ya sería después la Editorial quien se encargaría, como otras veces, de liquidarla.

Después de una cena ligera vio por las ventanas del restaurante que ya había anochecido, así que volvió a su habitación y pensó que lo mejor que podía hacer para aprovechar el tiempo hasta que le entrara sueño era dedicarlo a trabajar un poco, se sentó delante de la mesa, bajo las luces todo lo que pudo, encendió el portátil y tras colocar el móvil encima de la mesa perfectamente alineado comenzó a teclear sin levantar la vista de la pantalla.

Apenas una hora más tarde, sobre las diez y media de la noche, oyó unos leves golpes en su puerta, se levantó de la silla y, lentamente se acercó, abriéndola con suavidad. Delante de él estaba la mujer de antes, esta vez cambiada de ropa con una camiseta tan grande que le hacía bolsas por todas partes y un viejo pantalón corto de algodón color rosa que dejaba ver unas largas y delgadas piernas.

—Hola, perdona, soy la de antes... resulta que se ha averiado la máquina de bebidas y no hay quien se trague el agua del grifo, me ha parecido que venías de la calle con una botella grande de agua, me preguntaría si te importaría darme un poco... —Dijo al tiempo que levantaba la mano izquierda y enseñaba una pequeña botella de plástico vacía.

Él se quedó mirando la botella a la par que recordaba la contradicción de que le hubiera negado el saludo en el Hall pero si se hubiera fijado en lo que llevaba en la bolsa. Apenas dudó unos segundos en que contestar.

—Anda, pasa, que te lleno la botella.

Cruzó la estancia para coger el la botella grande de agua, que todavía continuaba en la nevera, mientras que ella dio dos prudentes y tímidos pasos dentro de la habitación.

—Déjame que vaya al lavabo a rellenarla, no quiero derramarla y mojar nada.

—Si, claro, gracias.

Mientras él traspasaba el agua delante del lavabo, ella, con cierta curiosidad, se acercó hasta la mesa y comenzó a leer con cierto disimulo lo que ponía en la pantalla. Tan absorta estaba que no se dio cuenta de que él había salido del cuarto de baño hasta que carraspeó a su espalda.

—Perdona, no quería parecer curiosa, ha sido un impulso....

—No pasa nada, es un simple boceto, una idea principal que lleva tiempo rondándome la cabeza.

—¿Lo has escrito tú?

—Si, claro.

—¿Y qué pasa después?

—Cuando lo tenga terminado y se publique te regalo una copia, hasta si quieres te la dedico y te la firmo.

—¿Eres escritor?, ¡Que pasada!, nunca he conocido a un escritor, ¿has escrito algo conocido?

Por un momento dudó si sentirse ofendido por la simpleza de la pregunta, aunque intentó disimular y seguir la conversación porque intuía que no la hacía de mala fe.

—Busca en Google a Juan Carlos Castellanos, escritor, y mira, a ver si te suena algo de lo que aparece.

—Espera.

Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un teléfono móvil y, sin ningún tipo de reparo y ante el asombro de su acompañante, se puso a buscar delante de él lo que le había dicho.

—¡Anda!, si sale tu foto y todo, ¿todos estos libros los has escrito tú?, que pena, no he leído ninguno. Por cierto, yo me llamo Silvia, yo soy modelo. —Dijo mientras se acercaba para darle los dos besos de cortesía.

—Lláname Carlos.

—¿Que estas, en un viaje para inspirarte?

—No, tengo varias reuniones estos días con la Editorial, están acabando la maquetación de mi próximo libro y tengo que tomar parte, aprobar las revisiones... y si tengo suerte firmar un contrato para mi nuevo proyecto, ese que ya has empezado a leer.

—¡Ah!, yo soy modelo, tengo sesión fotográfica estos días para una firma de lencería, la próxima colección que van a sacar.

—Si, tienes pinta de modelo, aunque espero que esos pantalones no estén incluidos en la sesión esa que tienes mañana.

—¡Y yo!

Ambos se rieron con la broma.

—Tengo unos frutos secos, almendras, te invito también a un aperitivo si quieres.

—Gracias, pero no saques nada de comer, no puedo ingerir nada que no sea agua, mañana tengo que tener el vientre como una tabla.

—Vale, puedes sentarte si quieres y acabar de leer lo que habías empezado, no me importa.

Ella se sentó a los pies de una de las dos camas individuales, que estaban pegadas en la habitación formando una doble, desde donde alcanzaba a ver la pantalla y leyó la parte que le faltaba de la página mientras que él se sentaba, a poca distancia, en la única silla que había en la habitación.

—¿Está bien pero cómo será la historia completa?, esto es solo una parte.

Carlos le comenzó a narrar la historia completa, se trata de un hombre que se va a vivir de la ciudad a una aldea perdida de la montaña de Lugo, donde no conoce las costumbres de la zona y donde acaba presa de una maldición¹. Ella, a cada poco, le interrumpía haciéndole preguntas adicionales sobre la historia.

—¿Me puedes esperar un momento?, tengo que ir a por una pastilla que tomo por las noches, y la tengo en mi habitación, ahora vengo y me sigues contando.

—Vale, si quieres, mientras tanto te vuelvo a rellenar la botella, que casi te la has acabado y para mí hay agua de sobra.

—Bien, ahora vuelvo.

Apenas le dio tiempo a rellenar la botella cuando ella ya estaba llamando, de nuevo, a la puerta de la habitación. Volvió a sentarse en el mismo sitio y se tomó, con un generoso trago de agua, una pastilla que traída en la mano.

—Lo que te quería decir es que es una historia muy triste, al final acaba muy mal, ¿no escribes historias que terminen bien?

—Si, lo he intentado, pero como al final en esta vida todo acaba mal esa negatividad me acaba influenciando, demasiado quizás. Pero cuéntame algo de ti ¿cómo es la vida de una modelo?, hasta ahora no conocía a ninguna fíjate que es un mundo del que no conozco nada más allá de los desfiles famosos que salen en la tele.

Silvia le contó como llevaba desde los quince años trabajando como modelo, todo empezó en un concurso de *misses* en La Coruña, su ciudad natal, allí fue cuando la ficho una agencia de representación de Madrid con mucho renombre, y, a partir de ahí, poco a poco fue haciendo trabajos para diferentes marcas.

Sus trabajos no solo se centraban a las pasarelas, que solían ser pocas, muchas veces eran trabajos para catálogos, para bancos de fotos online, como azafata de marca en ciertos eventos y

similares. No se quejaba, porque a pesar de no haber llegado al nivel de una top model siempre había tenido un volumen de trabajo bastante considerable y estaba bien valorada en su sector, cosa que hacía que algunos de los clientes fueran recurrentes y ya la pidiesen a ella directamente.

Ahora, ya entrada en la treintena, como los trabajos comienzan a escasear en favor de otras chicas más jóvenes, quería ir dando paulatinamente el salto al cine; la vida de modelo era bastante dura en cuanto a dietas y ejercicio y quería trabajar en algo que le permitiera alargar, en la medida de lo posible, la vida laboral sin acabar presa de la cirugía. Para ello llevaba estudiando varios años arte dramático e interpretación, aunque, hasta la fecha, solo había conseguido algún que otro papel mínimo en pequeñas producciones que apenas eran relevantes.

Mientras iba hablando, poco a poco se iba recostando de lado y daba la sensación de que estaba haciendo esfuerzos por permanecer despierta, las últimas frases, incluso, tenían las palabras un tanto espaciadas.

—Perdona, ¿te encuentras bien?, te noto un poco adormilada.

—Sí, es que me he tomado un tranquilizante, desde hace años tengo problemas para conciliar el sueño y necesito tomarme la pastillita, pero no te preocupes, que todavía tardaré un poco en quedarme dormida, ¿te importaría darme un poco más de agua?, me la he acabado toda... —Le dijo estirándole la botella.

—Tranquila, nos queda casi media botella.

Se levantó nuevamente a rellenar la botella encima del lavabo del cuarto de baño y, cuando la trajo de vuelta se la encontró completamente dormida encima de la cama. Tras unos segundos de duda, decidió que no la despertaría, la habitación estaba dotada de dos camas individuales, que, aunque estaban pegadas, cada una de ellas estaba hecha individualmente así que, podía dejarla dormir y acostarse él tranquilamente en la cama de al lado sin molestar ni sentirse especialmente incómodo.

Buscó en el armario de la habitación una colcha para ponerle encima y la tapó con cuidado, a la par que le quitaba el móvil de la mano y se lo dejaba encima de la mesilla más cercana a esa cama.

Se metió en el cuarto de baño para ponerse el pijama y dejando la ropa perfectamente colocada en el armario, se acostó; antes de apagar la luz miró con asombro a la cama contigua, viendo que la mujer estaba completamente dormida y, con una mueca de incredulidad, apagó las luces quedándose dormido al poco rato.

A las 7 de la mañana, como todos y cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año, sonó la alarma del móvil, tenía esa rutina de levantarse de la cama, entre semana y en fin de semana, en invierno y en verano, hubiera trabajado hasta la madrugada o se hubiera acostado pronto; era la hora en la que había que comenzar el día.

El primer vistazo que dio fue a la cama de al lado, allí seguía Silvia completamente dormida, decidió en irse al baño a pegarse una ducha y cambiarse de ropa a la mayor premura posible por lo incómodo de que ella se despertara mientras él se encontrara en alguno de esos lances.

Le dio tiempo de sobra, ya estaba perfectamente aseado y vestido con un impoluto traje cuando la alarma del teléfono de la chica comenzó a sonar, en vano, puesto que ella no le hacía ni caso a pesar de los agudos y desagradables zumbidos que emitía.

Al final Carlos decidió correr las cortinas para que entrase la luz y manteniendo una distancia prudencial se colocó delante de ella para, con el brazo extendido, intentar despertarla de la manera menos brusca posible, temía, que pudiera encontrarse un tanto desorientada y se produjera una situación embarazosa

—¡Silvia!, ¡despierta, que lleva tu teléfono sonando un rato...

Al instante ella abrió un poco los ojos y de repente, como un resorte, se incorporó encima de la cama.

—¡Me meo!, ¡joder!, ¿Dónde está el baño?

A él apenas le dio tiempo de señalar en dirección a la puerta del cuarto de baño cuando, de un salto, ella salió de la cama, cruzó por su lado esquivándole a toda velocidad y se metió corriendo dentro del servicio. Un par de minutos después salía, ya sin tanta premura, ligeramente encorvada hacía delante y otra vez con cara de sueño.

—¡Ayyyyy!, me duele la vejiga de aguantarme.

—No me extraña, ayer casi te acabas con las reservas de agua de Barcelona.

—¿Tardé mucho en quedarme dormida?

—Muy poco, yo creo que no te hubiera hecho falta ni la pastilla, como no sabía que hacer contigo opté por taparte y dejarte dormir, estabas como un tronco.

—Gracias, ya lo siento, eres todo un caballero.

—La otra opción era llevarte arrastras hasta tu habitación, pero si me ve alguien por el pasillo a saber que podría pensar.

—¡Ay!, que cosas, gracias por todo, me voy a mi habitación a cambiarme de ropa.

Salió de la habitación y cruzo los escasos metros de pasillo que separaban ambas puertas, cuando, junto en el momento que había abierto su puerta oyó a Carlos que le hablaba desde su habitación.

—Silvia, Si quieres desayunar, te invito en la cafetería del Hotel.

—No, gracias, no puedo comer nada... Pero un café triple sí que me tomo, a ver si me espabilo. —Dijo Pensándose mejor.

—¿Cuánto tardas?

—Quince minutos más o menos, una ducha rápida y me pongo cualquier cosa.

Carlos volvió al interior de la habitación y comenzó a recoger sus cosas, aunque el servicio de habitaciones en los hoteles que frecuentaba, y el de ese más en concreto, tenían una atención impecable, siempre le gustaba dejar todo más o menos colocado y que tocasen lo menos posible sus pertenencias; el último paso fue guardar en su cartera el pendrive que portaba para este tipo de reuniones, donde guardaba los borradores y todo el material que pensaba que podría serle de ayuda.

Quince minutos exactos después se encontraba llamando en la puerta de la habitación 319, para su sorpresa ella le abrió la puerta perfectamente arreglada, con un vestido corto y unas sandalias de tacón, para salir a la calle; hasta le había dado tiempo de pintarse ligeramente los ojos y los labios.

—¡Que sorpresa!, no esperaba encontrarte tan preparada en tan poco tiempo.

—Cosas del oficio.

Por el camino a la cafetería ella le contó como el trabajo de vestirse, cambiarse de ropa y arreglarse el pelo y parte del maquillaje, por su trabajo, lo tenía tan mecanizado, para hacerlo en el menor tiempo posible, que era capaz de arreglarse de una manera sencilla en unos pocos minutos. Aparte, ese día tampoco merecía la pena prepararse mucho ya que, se tiraría gran parte de la mañana en peluquería y maquillaje y todo lo que llevara de más se lo tendrían que quitar nada más llegar.

Se sentaron en una de las mesas de la cafería sin dejar de conversar hasta que llegó el camarero para atenderles.

—¿Qué van a tomar los señores? —Preguntó cordialmente.

—Café solo y sandwich mixto. —Pidió él.

—Café largo americano, muy cargado por favor. —Pidió ella.

El camarero apenas tardó cinco minutos en traer los cafés y el sandwich recién hecho y en su punto, perfectamente dorado y sin quemar. Ambos comenzaron a desayunar sin dejar de, entre sorbo y sorbo, comentar como es el trabajo de una modelo.

—Entonces, hasta media mañana de chapa y pintura, y después fotografías ¿hasta mediodía no acabaras?

—Que va, como mínimo hasta media mañana chapa y pintura, pero se puede complicar si no consiguen el efecto deseado y después pruebas y retoques, la sesión de fotos no empezará hasta bien entrada la tarde.

—¿Tanto?

—O más, entre que empiezan con la luz, las sombras, el maquillaje, retoca aquí, luego ahora haz eso, haz lo otro, cámbiate doscientas veces de ropa, sonríte... y teniendo en cuenta de que es para el catálogo de una colección entera yo creo que hoy no vamos a acabar, de hecho me han reservado el hotel para dos días, así que antes no creo que acabe.

—Me tienes que enseñar una foto de las que te hagan, por curiosidad.

—Espera a que se publique el catálogo que te lo firmo. —Bromeó ella.

—No es justo, tú ya has visto parte de mi nuevo libro...

—Tienes razón, vamos a hacer una cosa, dame tu número de teléfono y te mando un mensaje con una de las fotos, pero no la puedes distribuir, que me busco un marrón, ¿trato hecho?

—¡Vale!

Empezó a dictarle los números de móvil mientras ella los guardaba en la memoria de su teléfono. Apenas hubo terminado de copiarlos cuando el aparato comenzó a sonar, la estaban llamando.

—Si... ya... estoy en la cafetería, voy... vale...hasta ahora. —Habló

—Es el chofer, me han mandado un coche y ya está en la puerta esperando, debo irme. —Dijo mientras se tomaba el café de un par de sorbos.

—Tranquila, vete que yo me voy a acabar el sándwich con calma, que todavía tengo tiempo de sobra.

Silvia se levantó, y tras despedirse con una sonrisa, se giró y emprendió su camino hacia la salida de la cafetería, Carlos no podía dejar de mirarla hipnotizado por su estilizada silueta y su ligero caminar. Una vez la hubo perdido de vista, volvió a su desayuno; tras acabarlo y mirar un par de veces el reloj se levantó de la mesa y se marchó fuera del hotel buscando la parada de taxis más cercana.

A las nueve y media de la mañana entraba en las oficinas de la Editorial en la Avenida Diagonal, la recepcionista le recibió con una cálida sonrisa, se conocían de visitas anteriores y tenían muy buena relación, siempre solía firmarle y dedicarle sus libros cada vez que uno nuevo veía la luz, lo que alimentaba la colección que ella guardaba de originales firmados de la mayoría de los escritores que habían pasado por la editorial, la mayoría menos algunos que se habían embriagado con la fama, pero a esos no les dedicaba la misma sonrisa.

Como en veces anteriores, una vez la recepcionista hubo avisado, subió por el ascensor hasta la cuarta planta donde estaba esperándole el director para cumplir con el protocolario requisito de saludar a sus escritores.

—Juan Carlos, que alegría volver a verte.

—Igualmente.

Una vez hechos los saludos de cortesía, el director le llevó ante el coordinador. Con este último y con los editores técnico y de contenido pasaría los próximos dos días dando forma a lo que en unos pocos meses sería la nueva obra.

—Si no tienes nada previsto hoy podemos comer los cinco, así nos cuentas que planes tienes para el futuro y si te ronda algo por la cabeza.

—Sin problema, algo ya tengo entre bambalinas.

—Pido que nos hagan una reserva entonces.

Ese tipo de reuniones solían ser tediosas, se tiraban horas y horas en una sala de reuniones leyendo y releendo el texto original, después buscaban las incoherencias, los cabos sueltos... intentaban buscar alternativas, proponían modificación, correcciones, supresiones, etc... todo ello bajo la atenta observancia de un administrativo que, en tiempo real, iba realizando sobre una copia digital de la obra las modificaciones que acordaban.

No era la parte más agradable de su oficio, no solamente era una auditoría ortográfica sobre su creación, a menudo tenía que renunciar a ciertos fragmentos y a ciertos matices que, según él, hacían perder parte de la esencia de la obra, le costaba mucho renunciar a algunas de esas partes, pero siempre acababa llegando a un consenso sobre lo que cambiar sin perder, en exceso, aquella idea que quería transmitir.

A pesar de que parte de este trabajo ya estaba hecho, ya que la obra estaba en poder de la Editorial desde hace meses y había circulado entre esta y el autor, en modo de borrador, en varias ocasiones, este proceso les llevaba en el mejor de los casos una mañana entera, ya que había muchos cambios que, de manera telemática, no habían sido capaces de acordar previamente.

A las dos de la tarde el director entraba por la puerta de la sala, instándoles a que hicieran un alto ya que tenían una reserva en un restaurante cercano y no quería retrasarse.

Se levantaron los cuatro, dejando solo al administrativo en la sala anotando las últimas correcciones, y salieron charlando amistosamente.

La comida pagada por la Editorial en un restaurante vecino también era una costumbre que mantenían para sus autores más rentables, aunque normalmente el director no solía quedarse a comer con ellos, salvo que quisiera agasajarles de alguna manera especial, negociar las

condiciones de la renovación del contrato o celebrar algún premio recibido, entonces sí que hacía lo posible por asistir.

Y ese era el caso, con ese libro Carlos terminaba su compromiso con la ellos y debían hablar de si continuaban o no con su relación y hasta cuándo. Ya había recibido ofertas de otras empresas del sector y, a pesar de estar satisfecho con la que trabajaba hasta ahora, no dudaría en utilizarlas como arma de presión para conseguir un mejor acuerdo o, como mínimo, mantener el que tenía.

Después de comer, sobre las cuatro de la tarde, y tomando una copa, llegó el tiempo de las negociaciones, de mano del director que siempre presumía de ser claro e ir al grano.

—Y dime, Juan Carlos, ¿Qué planes tienes para el futuro?, terminas con nosotros pero seguirás escribiendo, supongo, seguro que hasta ya has empezado tu siguiente libro.

—De momento solo son bocetos, apuntes, pero sí que va tomando forma la nueva trama.

—Hemos pensado en hacerte una oferta por tu nuevo libro, más o menos en los mismos términos que el anterior, con esto de las descargas de internet y los monopolios de *Amazon*, actualmente estamos con los márgenes muy ajustados y no podemos aumentar considerablemente los pagos a los autores, por otra parte, los royalties de los libros anteriores los seguirás cobrando anualmente como hasta la fecha.

—Agradezco la sinceridad y la claridad de la oferta, yo quiero ser igual de claro y sincero, tengo otra oferta de otra Editorial, y me mejoran un poco las condiciones económicas, yo estoy dispuesto a seguir con vosotros, porque vosotros habéis confiado en mí desde el principio, cuando nadie me conocía, pero tengo que tener en cuenta todos los factores antes de tomar una decisión.

—¿Cuánto te mejoran nuestra oferta?

En ese momento Carlos sacó del bolsillo una copia impresa de un correo electrónico al que había recortado conscientemente la cabecera y la firma de la primera y última página, todas las editoriales se conocían entre si y no quería desvelar cuál de ellas le había hecho la oferta, ya que le habían pedido la discreción. En las hojas se detallaba la oferta económica que le habían propuesto.

El director cogió los papeles y, tras examinarlo se lo hizo llegar al coordinador editorial, quien lo leyó al completo, no solo valorando la oferta, también buscando algún dato que identificara a la competencia, mientras el silencio reinaba en la mesa a la espera de su revisión.

En ese momento un sonido en el teléfono de Carlos rompió la tensa espera, era un mensaje de *WhatsApp*, un número desconocido le mandaba un mensaje con una imagen. Esperando a que terminasen de leer la oferta lo abrió y vio la fotografía de una chica en ropa interior; tras unos segundos de extrañeza y justo antes de borrarla pensando que era una broma o una equivocación, la reconoció, era Silvia, muy cambiada, ya que el maquillaje, el peinado y hasta la mirada eran diferentes, pero espectacular, desde luego, si ya la chica tenía de por sí un físico agraciado, los resultados de la fotografía eran deslumbrantes.

Carlos solo pudo contestar con un emoticono de asombro, ya que era lo que había sentido al verla, se había quedado sin palabras.

—Te igualamos la oferta. —Le sacó de su mundo el director, tras una señal de asentimiento del coordinador.

—Perdón... ¿qué?

—Que te igualamos la oferta, tú quieres seguir con nosotros, nosotros queremos seguir contigo, así que estamos dispuestos a hacer un esfuerzo. ¡Joder!, negocias mejor que muchos agentes, ¿no has pensado en contratar uno?...

Ya eran las más de las cuatro y media de la tarde, cuando, tras un apretón de manos, todos se

levantaron de la mesa dando por concluida la sobremesa. Por el camino de salida, el director cogió por el hombro a Carlos, con el fin de tener una conversación más cercana con él.

—Me alegro de que sigamos trabajando juntos. Yo mañana salgo para Argentina, por lo que ya no nos veremos más estos días; te dejo en manos del coordinador, le diré que prepare el contrato, en los términos de los anteriores pero cambiando los importes. Si necesitas algo ya sabes mi teléfono y si no me localizas, habla con mi secretaria que ella me hará llegar tus mensajes.

—Si, gracias, yo también me alegro de seguir juntos.

La tarde fue una copia de la mañana, quedaba algo más de medio libro por revisar y había que seguir con el proceso para dejarlo ya concluso, a poder ser en el mismo día para así, al día siguiente poder pasar al proceso de maquetación, con el fin de definir los formatos que adoptarían al final

Acabaron la revisión cerca de las nueve de la noche, Carlos salió de la editorial y se paró en un local cercano de comida rápida para comer una hamburguesa. No tenía ganas de pararse en un restaurante y pedir un menú, le parecía que eso podría tardar demasiado y estaba realmente cansado como para estar esperando en una mesa a que le preparasen y le sirviesen la comida. Más tarde si le entraba el hambre podría comer algo de lo que había comprado el día anterior y que tenía en la habitación del hotel.

Antes de marchar del establecimiento volvió al mostrador y, temiendo una visita como la del día anterior, compró tres botellines de agua de medio litro. Tras ello salió del local y, como no tenía ganas de caminar, paró el primer taxi que encontró para que llevase hasta el hotel.

Cuando entraba en la habitación ya eran las diez de la noche, antes de cruzar la puerta dio un vistazo fugaz a la puerta de la habitación 319, pero, no tuvo el suficiente coraje para acercarse y llamar, *“después le mando un mensaje desde la habitación”* pensó haciendo gala de su prudencia.

Apenas hubo soltado la bolsa el aviso de mensajes del teléfono comenzó a sonar, lo cogió y con una sonrisa comprobó que era Silvia quien se lo había mandado.

—*¿Eres tú el que ha entrado en la habitación hace un poco?*

—*Si, era yo.*

—*Es que antes he llamado pero no estabas, tengo una botella de agua fresca de litro y medio, ¿la compartimos?*

—*¡Vale!, y si no nos llega yo he traído tres botellines de medio litro, ven cuando quieras.*

—*Voy!*

No tardó ni treinta segundos en oírse unos golpecitos en la puerta, era ella que estaba llamando, Carlos fue rápidamente a abrir la puerta y allí se la encontró, sonriente y levantando los brazos en una pose para mostrar en la mano derecha portaba una botella grande de agua y en la izquierda un vaso de cristal.

—Hoy invito yo. He comprado una botella de agua por el camino y luego, al llegar al hotel, me he dado cuenta de que la máquina de vending ya está arreglada —Dijo con una mueca.

Se echó hacia un lado dejándola pasar y ella directamente cruzó la habitación para ir a acomodarse a la misma cama del día anterior, esta vez sin invitación previa y cogiéndose todas las confianzas sin que ello le desagradara a su anfitrión.

—*¿Hoy quieres comer algo?, o ¿tampoco puedes?*

—Ahora ya no, nada más terminar la sesión me he comido una ensalada y ya tengo que aguantar hasta mañana.

—*¿Solo has comido una ensalada en todo el día?*

—Solo, y durante la sesión ni agua, hay que salir perfecta en las fotos, que como tiren mucho de Photoshop luego salen cosas raras. Por cierto, ¿te ha gustado la foto?

—Si, vaya susto, al principio no te había conocido y como el número no me sonaba pensé que alguien me la había mandado por error, luego me di cuenta de que eras tú, por cierto, como cambias en las fotos, se te veía muy diferente.

—Los de maquillaje, que hacen que aparezcan y desaparezcan partes de mi cuerpo... Cuando salga el catálogo la foto será más diferente todavía, todavía tiene que pasar por los de retoque.

—Algo así necesito yo para que me quiten unos años y unos kilos.

La conversación era más animada que la del día anterior, primero ella le relató cómo había ido la sesión de fotos, mencionaba a fotógrafos y maquilladores que habían participado y que Carlos no conocía ni de su mera existencia, al tiempo que contaba anécdotas de ellos y de un mundo que desconocía por completo. Le gustaba escucharla, tenía todavía esa chispa de la juventud que hace ilusionarse con su trabajo, algo que, irremediablemente acaba perdiéndose con el tiempo; su voz, su sonrisa, su manera de gesticular, no estaba acostumbrado a esa espontaneidad y a esa efervescencia; él provenía de un mundo más formal, más encorsetado, y toda esa ilusión le causaba una fascinación como hace mucho tiempo que no tenía.

—¿Y tú?, ¿Cómo has tenido el día? —Cambio ella misma de tema.

—No me voy a quejar, el proceso de revisión no es lo que más me guste, pero hay que hacerlo, luego he aprovechado para comer con el jefe de la editorial y quieren publicar mi siguiente libro...

—...¿El que trata sobre la maldición¹? —Interrumpió.

—Sí, ese mismo, si todo va bien y me pongo las pilas en poco más de un año saldrá a la venta.

—¿Y cuándo vas a escribir uno que sea alegre?, a mí me gustan las historias alegres.

—Te prometo que, en un futuro, intentaré escribir uno que tenga un final feliz, pero te adelanto que, para llegar a ese posible final tendrá que haber un duro camino de sufrimiento, "*nullum dolore nullum gloriae*."

En ese momento Carlos comenzó a convencerse lo que sería escribir un final feliz y la cantidad de sufrimiento que tendría que dejar a lo largo de las páginas para poder llegar a ese fin; dudó de si sería capaz de hacerlo, era un hombre con un estilo literario muy marcado que tendía hacia la oscuridad y solía sacar sus fantasmas y expiar sus penas, y las ajenas, en sus libros.

Silvia, como el día anterior, notaba como poco a poco se iba quedando agrabablemente adormilada encima de la cama con el sonido de la voz de su acompañante, temiendo mojarse apoyó el vaso en la mesilla. Justo antes de ir a la habitación del escritor se había tomado la pastilla para dormir y notaba como de manera paulatina le estaba haciendo efecto. Carlos vio cómo se estaba quedando adormilada y sin importarle que esa noche también se quedara con él, aunque fuera en la cama de al lado, siguió hablando en un tono más bajo.

—Podría contar la historia de dos personas que, poco a poco van teniendo éxito profesional, una de ellas incluso podría tener una tienda que crea de la nada y se convierte en la mejor tienda de la ciudad, como con el tiempo, se compran una bonita casa en un lugar mágico, posiblemente cerca del mar y desde donde se pueden oír las olas; como crean una familia con dos hijos estupendos, un niño y una niña, que son buenos estudiantes y mejores personas; como esos hijos, a su vez...

Hizo una pausa y fijó en ella su mirada, se había quedado completamente dormida, como el día anterior, encima de la cama y con una placida sonrisa, con cierta ternura siguió relatando.

—O puedo contar como dos personas que no tienen nada en común se conocen por la más remota de las casualidades... —hizo una pausa—... y una de ellas se dedica a quedarse dormida en la habitación de la otra noche tras noche... condenada eternamente a no dormir en su habitación...

Como la noche anterior, le retiró el móvil de encima de la cama y se lo dejó en la mesilla al

lado del vaso, la volvió a tapar con una colcha y esa vez se permitió hasta la licencia de quitarle un mechón de pelo que había caído sobre la cara.

Cruzando la habitación se metió en la otra cama y apagó la luz, quedándose dormido mientras pensaba en cómo podría ser esa otra historia que le dijo que intentaría escribir en el futuro.

Como el día anterior, a las siete de la mañana el móvil comenzó a sonar, miro a la cama de al lado y vio como Silvia seguía allí dormida, esa mañana en vez de extrañeza sintió cierta familiaridad en la situación, desde luego no solo no le importaba, aunque era una persona que siempre había preferido la soledad agradecía su compañía más de lo que hubiera imaginado.

Una vez que se hubo aseado y vestido, con el fin de hacer tiempo hasta que la alarma del teléfono de ella sonara, encendió el portátil y comenzó a leer los mensajes de correo electrónico que habían llegado el día anterior. La mayoría de ellos los había despachado de un vistazo en el teléfono móvil, pero los que tenían archivos adjuntos le gustaba leerlos a un tamaño que su incipiente presbicia se lo permitiera de una manera fácil.

La alarma del teléfono de Silvia le sacó de su concentración, se giró y vio como ella, esa vez se había levantado y sin decir nada salía corriendo, también como el día anterior, al cuarto de baño.

Un par de minutos más tarde, salía del cuarto de baño con cara de dormida y frotándose los ojos, balbuceó unas palabras de saludo.

—Buenos días.

—Buenos días, bella durmiente. Hoy no he tenido que despertarte.

—No, hoy es el último día y quiero que acabe cuanto antes, me quiero comer una o dos hamburguesas, me da igual que sean de Mc Donalds o de Burger King, eso sí, con patatas fritas y Coca Cola, hasta que acabe llena.

—Conozco una hamburguesería muy buena, de hamburguesas caseras, a unas manzanas de aquí, si quieres cuando termines te invito a una o dos.

—Vale, pero no terminaré hasta la tarde, ¿tú a qué hora terminarás?

—Yo creo que los de maquetación tendrán todo terminado para el mediodía, luego me iré a comer con el Coordinador y después vendré al hotel y trabajaré un rato, puede estar bien para cenar.

—Vale, quedamos así. —Dijo ella recogiendo sus cosas y caminando hacia la puerta.

—¿Hoy no tomamos el café?

—Si, en quince minutos estoy preparada. —Dijo mientras abandonaba la habitación.

Como un reloj, en el tiempo establecido estaba completamente despierta y preparada en la puerta de la habitación, caminaron juntos hasta el ascensor y bajaron hasta la cafetería del hotel donde pidieron lo mismo del día anterior.

Otra vez la llamada del chofer, avisando de su llegada, les interrumpió de la conversación y del desayuno, Silvia se levantó para despedirse y, sin dudarlo se acercó a él para darle un beso en la mejilla.

—Luego nos vemos.

—Si, hasta luego.

Se quedó un tanto descolocado, la espontaneidad de la chica no dejaba de asombrarle y él, siendo lo prudente que era, nunca se hubiera atrevido a tomarse esa familiaridad. A pesar de ello la situación le agradó y se sintió bien, como hacía mucho que no se había sentido.

Terminó tranquilamente el desayuno y, repitiendo las rutinas, pidió un taxi para ir hasta la Editorial a terminar el trabajo, él también estaba deseando que pasara rápidamente ese día para, por la noche poder disfrutar de su compañía y de una hamburguesa casera, lástima que al día siguiente él debería marcharse, le hubiera gustado pasar más tiempo con ella y conocerla mejor.

El trabajo de maquetación, sin ser tan intenso como el de revisión, también llevaba su tiempo, tenían que decidir acerca de los formatos, la tipografía, los estilos de los párrafos, y, en general, todo aquello que después se acaba convirtiendo en las diferentes versiones de los libros que se llegan a vender en cualquier superficie, últimamente incluso debía de adaptar los nuevos formatos a los libros electrónicos, lo que suponía un añadido más a la labor.

Normalmente el trabajo se solía hacer en gran parte con anterioridad, y en estas reuniones solían trabajar con formatos ya preestablecidos sobre los que solo acababan tomando una decisión, o sugiriendo alguna mínima modificación acerca del aspecto externo y alguno de los detalles del texto o del formato de las páginas. Este proceso no solo lo hacían una vez, debían de repetirlo para cada una de las ediciones que pensaban publicar: tapa dura, tapa blanda, de lujo, de bolsillo...

Allí mismo, con un ordenador, aplicaban las correcciones y accedían a las pertinentes previsualizaciones en tiempo real, si todas las partes estaban de acuerdo y todo estaba correcto, el libro pasaba a la imprenta donde ya se comenzaba el proceso de impresión y distribución.

En este caso el trabajo previo estaba bien hecho, la información previa entre el autor y la editorial había dado sus frutos y las correcciones eran mínimas, acabaron el trabajo mucho antes de lo esperado, tanto que decidieron adelantar la comida una hora para tener la tarde libre.

Carlos agradeció la celeridad de este proceso, el día anterior había sido agotador y el hecho de haberse quitado ya de encima estos últimos trámites le daba tranquilidad para afrontar su siguiente proyecto.

Cuando estaban en la entrada, ya para ir a comer al restaurante, Carlos se paró a cumplir con la costumbre de dedicarle y firmarle uno o dos ejemplares de su libro anterior a la recepcionista de la Editorial, ella, concedora del detalle del escritor ya los tenía previamente preparados en un cajón de su mostrador esperando a que este saliera.

—Necesito un ejemplar impreso del último de mis libros. Me he acordado de que tengo que hacer un regalo de última hora. —Le dijo tras firmar el segundo de ellos.

Esta miró al Coordinador esperando un gesto de aprobación que no tardó en llegar.

—Ya has agotado el cupo de ejemplares de cortesía, ¿cómo lo quieres? —Bromeó el Coordinador.

—En tapa dura, la edición buena; y si quieres me lo descuentas del cupo del próximo.

La recepcionista se fue al interior de la oficina. Apenas un par de minutos después apareció con una bolsa de plástico rotulada con el logo de la editorial con el libro solicitado en su interior. Con la sonrisa con la que siempre le obsequiaba levantó la bolsa ofreciéndosela a él..

Este cogió la bolsa, sacó y examinó el libro, acariciando el grabado del texto de la portada y ,tras darle las gracias devolviéndole la sonrisa, se despidió y salió con su acompañante del recinto.

En el restaurante les dieron mesa rápidamente a pesar de llegar una hora antes de la reserva. Durante toda la comida charlaron amistosamente de todos los temas que les iban surgiendo, la conversación, por momentos era tan animada que alguno de los platos se enfriaba antes de que se

lo llevaran a la boca. Ya en el postre, con el instinto del hambre saciada, la conversación se tornó en algo más personal.

—Bueno Carlos, ¿y qué vas a hacer hasta la promoción del libro?

—Me voy a ir a mi casa de Valencia, aparte de escribir el nuevo libro he tenido una idea que quiero ir desarrollando para el siguiente, y esta vez, te adelanto, si lo escribo puede que sea diferente a lo que estamos acostumbrados. Voy a olvidarme de Madrid por un par de meses y a pensar mientras que doy paseos por la playa.

—¡Joder, eso es vida!, pensar dando paseos por la playa...

—No, es trabajo; créeme que es lo que más me ayuda para hilar una nueva historia.

—Quiero ser el primero en leerla.

—A lo mejor el segundo...

Ya eran más de las tres de la tarde cuando acabaron de comer y abandonaron el local; ya en el exterior del restaurante se despidieron con un fuerte apretón de manos acordando que seguirían estando en contacto en los próximos meses.

Carlos miró el reloj y seguidamente el móvil, no tenía ningún mensaje ni llamadas perdidas que pudieran haber sonado sin que se diera cuenta. Tras un rato de duda, como no tenía nada más que hacer en Barcelona y no tenía ninguna prisa decidió ir caminando despacio hasta el hotel.

Hora y media más tarde entraba en la habitación, las dos camas estaban perfectamente hechas, aunque notó que faltaba algo, estaba la habitación como más vacía. Para tener algo de ruido encendió la televisión y eligió, entre todos los canales, el programa menos malo que encontró a esas horas de la tarde. Se tumbó encima de la cama pensando en cuál sería la dedicatoria más apropiada para poner en el libro y, antes de que pudiera decidirlo, el sopor le venció sumergiéndole en un profundo sueño.

8.

La melodía del teléfono le despertó a las seis de la tarde, se encontraba un tanto adormilado todavía mientras intentaba acertar, con poco éxito inicial, con el deslizamiento de la pantalla táctil.

—Si, dígame.

—Carlos, soy Silvia, ya he terminado, ¿Cómo lo llevas tú?

—Bien, estoy en el hotel descansando, también he terminado.

—¿Sigue en pie lo de la hamburguesa?, que llevo dos días a ensaladitas de bolsa y agua.

—Claro que sí, ¿Cómo quieres que quedemos?

—Voy primero al hotel, tengo que cambiarme y ducharme, en un rato te veo y hablamos.

Tras colgar el teléfono Carlos se estiró y se levantó de la cama, cuando colocó la ropa de la cama vio como encima de la contigua, antes de quedarse dormido, había dejado el ejemplar del libro aún sin acertar a poner una dedicatoria adecuada. Se sentó en la mesa de la habitación con el libro delante, abrió la portada y, tras un par de minutos pensando al final asió la pluma estilográfica, que siempre portaba y casi nunca usaba, y comenzó a escribir.

*“Gracias Silvia,
no solo por tu compañía
también por mostrarme tu alma,
divertirme con tu risa
e iluminarme con tu mirada.*

Tras la dedicatoria firmó con su rúbrica y se quedó pensativo leyendo lo que había escrito, quería haber escrito muchas cosas más, ser más preciso, pero curiosamente no le salían las palabras exactas. Guardó el libro en la bolsa de la editorial y, mientras que encendía el ordenador para empezar a trabajar decidió que no se lo daría hasta después de cenar.

Quince minutos más tarde unos golpecitos le sacaron de su mundo, al abrir la puerta se encontró con Silvia, llevaba la misma ropa de la mañana pero estaba mucho más maquillada, rozando la exageración, y con un peinado diferente, a pesar de su belleza, Carlos pensó que habiéndola conocido al natural, no le parecía que le favoreciera especialmente toda esa capa artificial que portaba encima de la piel.

—¡Hola!, ¿estabas ocupado? —Le preguntó mientras se acercaba a darle un par de besos.

—No, estaba aprovechando el tiempo para ordenar ideas, cosas de trabajo.

—Voy a quitarme todo esto que llevo encima, pegarme un ducha tranquila y cuando acabe, si no te molesto vengo, ¿te parece bien?

—Perfecto, ¿a qué hora quieres ir a cenar?

—No sé, ¿quedamos en un par de horas?, a las ocho y media, para cenar sobre las nueve, así me lo tomo con relax.

—Vale, es buena hora, mientras yo estaré aquí currando algo.

Con una sonrisa se giró y tomo dirección a su habitación, él la vio cómo se alejaba caminando de espaldas y esperó para cerrar la puerta de la suya hasta que, desde el otro lado, ella le hizo un gesto de despedida y entró.

Con una sonrisa en la cara volvió a la mesa y siguió con su trabajo, le quedaba mucho por escribir y no quería desaprovechar las nuevas ideas.

Treinta minutos antes de la hora convenida ella ya estaba llamando a la puerta de la habitación, estaba completamente cambiada. Llevaba un discreto vestido, calzado más informal y una ligera capa de maquillaje que parecía mucho más natural y que, desde luego, a juicio del escritor, le quedaba mucho mejor. Sus manos portaban dos latas de cerveza frías de la máquina de vending que mostró cuando se abrió la puerta.

—He terminado antes de lo que creía y como no sabía que hacer... te invito a algo que no sea agua.

—¡Qué bien!, pasa, yo estaba terminando ya.

Entró y con toda confianza se sentó encima de la cama más próxima a la mesa, desde allí podía ver, sin distinguir exactamente que ponía, como estaba escribiendo parte de la historia de la que le había hablado el primer día¹.

—¿Al final se muere el protagonista?

—Para saberlo tendrás que leer el libro completo, cuando salga, ¿a ti como te gustaría que fuese el final?

—Yo pondría que se encuentra con una bruja buena que le consigue liberar de su maldición y de la que acaba enamorándose y luego se casan...

—...y comen perdices...

—Eso.

—Me falta encontrar una bruja que sea buena, y tendría que haberla introducido mucho antes en la historia.

—¡Jo!, que pesimista. Escribe algo que acabe bien, anda.

—Igual...

Mientras Carlos guardaba el documento y cerraba el ordenador siguieron conversando sobre el desenlace que le podían dar a la historia, causaban especial debate los finales, un tanto disparatados, que se le ocurrían a Silvia, y entre trago y trago de cerveza, dejaron todo colocado y se fueron de la habitación.

Salieron del hotel y Carlos le indicó la dirección hacia la que debían ir para llegar a la hamburguesería, ella, sin dudar y ante la sorpresa de su acompañante, se aferró a su brazo haciendo uso de su exceso de familiaridad; él sin sentirse molesto por tal muestra de confianza, no puso ninguna objeción, sintiendo, por momentos, cierto orgullo un tanto antiguo por la cercanía que aquella joven mujer le brindaba.

La distancia caminando a paso normal era de apenas quince minutos, pero tardaron más de media hora, por el camino ella seguía defendiendo la integridad de los desenlaces que se le habían ocurrido para la historia y el, simplemente, se dejaba llevar por la situación, la compañía y la conversación; le hubiera gustado seguir paseando un buen rato más, se encontraba realmente a gusto, pero se encontraban delante del establecimiento y eran casi las nueve de la noche, había que entrar.

—Aquí hacen las mejores hamburguesas de Barcelona, —le dijo frente a la puerta—, es de los pocos sitios en los que todavía el proceso es casi todo artesanal, compran las piezas de carne, las

limpian, la pican ellos mismos, les ponen sus aderezos... y al final, consiguen unas hamburguesas espectaculares en cuanto a sabor y textura. Tienen dos comedores, uno es el de fuera y otro interior que solo lo abren los fines de semana, aun así, un viernes o un sábado puedes estar esperando más de una hora a que haya sitio libre, de hecho se montan unas colas que dan la vuelta a la esquina.

Entraron dentro y vieron como el comedor exterior, a pesar de contar con más de veinte mesas, estaba completamente ocupado, y en la barra habría unas diez personas esperando, por riguroso orden de llegada, a que una de las mesas se quedara libre y el camarero les alojase en ella.

El camarero, nada más verles, se dirigió a ellos con el fin de darles el turno y ofrecerles algo de beber durante la espera.

—Hemos venido a ver a Julia, dígame que soy Juan Carlos.

Ante la mirada de extrañeza de Silvia, el camarero se marchó entrando por una puerta lateral, de la que salió en apenas unos segundos indicándoles que le acompañasen dentro, que se encontraba trabajando en la cocina y que no podía salir.

Dentro estaba una esperando sonriente mujer de unos sesenta años, bajita y de aspecto regordete. Estaba vestida totalmente de blanco con un delantal con manchas recientes que se apresuró a quitar mientras se acercaba a él.

—Juan Carlos, que alegría verte de nuevo. —Gritó sin ningún pudor la mujer abrazándose al escritor y dándole dos besos.

—Yo también me alegro de verte, Julia.

El abrazo duró unos segundos, Silvia viendo la calidez del trato tan cercano que tenían dedujo que se conocían desde hace mucho tiempo, incluso pensó que a lo mejor eran hasta familia.

—Te voy a presentar a una amiga a la que he traído para que conozca tus hamburguesas, me he propuesto hoy arruinarle su carrera de modelo y que mejor sitio que este, se llama Silvia.

—Ven guapa, dame un abrazo y no le hagas caso a este, que este siempre está de broma, sí que tienes figura de modelo, ¡vaya belleza!, antes de que te vayas nos vamos a hacer una foto las dos juntas, para recordarme cuando seas una top model.

—Claro que sí, faltaría más. —Contestó ella mientras la abrazaba con cierto asombro por la extraña petición de la foto.

—Esperad aquí un momento, que voy a avisar al camarero para que os pase al salón de dentro, que hoy es solo para vosotros.

La mujer salió y fue a buscar al camarero, al que apartó discretamente del resto de los clientes para dar instrucciones. En su ausencia, Silvia aprovechó para preguntarle a Carlos por la extraña petición de hacerse una foto con ella.

—Cuando entres al salón de dentro lo verás. —Contestó el dejándola intrigada.

Al poco apareció el camarero que los condujo, atravesando otra puerta que había al fondo de la cocina, hacía una sala que estaba a oscuras. El camarero encendió el interruptor y ante ellos se iluminó un gran salón con dieciocho mesas alineadas en filas de tres y ampliamente separadas. En cada mesa había sitio para seis comensales y espacio suficiente como para poder alojar uno más en cada extremo de la mesa.

El diseño del salón era muy discreto, aunque lucía impecable; sobre cada una de las mesas, y en todas igual, había colocado un discreto mantel de cuadros rojos y blancos.

Silvia se quedó impresionada con la amplitud que tenía ese recinto, a pesar de ser todo interior y de no tener ventanas, le daba la sensación de que era muy espacioso y que las mesas estaban muy separadas entre sí.

Le llamó la atención en especial la pared de la derecha, toda llena de pequeños cuadros alineados de manera cuidada pero irregular, eran fotografías enmarcadas, en todas y cada una de ellas aparecía Julia acompañada de personas famosas de las profesiones más variopintas: actores nacionales y extranjeros, directores, modelos, políticos, cantantes, presentadores de televisión, empresarios y hasta algún miembro de la realeza; Silvia se paró delante de la foto de Juan Carlos y señalándola se giró hacia él.

—¡Mira, si estas tu aquí!

—Si, Julia tiene la costumbre de hacerse una foto con quien considera que es una persona importante o pueda llegar a serlo, aunque conmigo se equivocó, después le pone un marco y lo coloca en esta pared, que es su álbum particular. En unos días tu foto aparecerá también por aquí, le diré que la ponga cerca de la mía para que no te pierda de vista.

Silvia se sintió halagada de que Julia fuera a poner su foto al lado de muchos de los que, para ella, eran los ejemplos a seguir en su carrera.

—Este salón —continuó Carlos—, aparte de ser el santuario privado de Julia, solo se abre al público los fines de semana; entre semana o está cerrado o reservado para algún cliente VIP, como habrás podido ver por aquí ha pasado gente muy variopinta, hasta algún escritor mediocre...

Mientras conversaban, el camarero les acercó hasta una de las mesas y les ofreció la carta, aunque, sin mirarla, él ya sabía lo que quería cenar.

—A mí me traes la especial de la casa, una ración de patatas fritas y una Voll Damm en botella.

—Para mí lo mismo, me fio de su buen gusto. —Dijo ella.

El camarero se marchó hacia la cocina dejándoles solos en la mesa mientras que él señalando las fotos, le contaba cada una de las historias que conocía que habían pasado entre esas cuatro paredes.

Un cuarto de hora más tarde apareció el camarero con la primera tanda, dos tercios de cerveza de la marca que habían pedido acompañados de un par de bandejas en cada una de la cual se encontraba una pequeña fuente de patatas fritas, cortadas a mano, y en un lateral un recipiente con cuatro pequeños depósitos donde descansaban cada una de las salsas.

—Tienes cuatro salsas a elegir para las patatas: mahonesa, alioli, brava y curry, son todas salsas caseras, nada de bote ni industrial, te aconsejo que las pruebes todas y que las vayas combinando a tu gusto.

Observando como hacía él con las suyas, Silvia comenzó a untar las patatas con las salsas, imitaba las combinaciones de su acompañante mientras que iba opinando sobre cuál de todas le gustaba más.

Cinco minutos más tarde volvió el camarero, esta vez con las dos hamburguesas en la bandeja, eran dignas de ver por su tamaño y por la cantidad de ingredientes que traían, de hecho, era materialmente imposible morderlas y abarcar con la boca solo la mitad de su anchura.

Carlos no pudo evitar reírse cuando vio la cara de asombro de Silvia mientras que camarero le plantaba semejante cantidad de comida delante de su cara.

—No te rías de mí, que sepas que me la pienso comer entera, que tengo hambre acumulada de varios días. —Contestó ella.

Silvia, con mucho cuidado de no desarmarla, dio un mordisco a parte de la carne sobrante que rebosaba por el lateral de la hamburguesa y, tras masticarla y notar su textura y sabor abrió los ojos y no pudo reprimirse.

—¡Joder, que buena está!

—¿Lo dudabas?

Durante toda la cena, Carlos no solo disfrutó de la hamburguesa, ver como Silvia también disfrutaba de la comida, sobre todo con esa intensidad, le hacía por momentos dejar de comer para observarla en ese estado placentero que le provocaba cada uno de los bocados que daba.

Ninguno de los dos fue capaz de terminarse su hamburguesa, aunque se tomaron su tiempo y pidieron otra ronda de cervezas para acompañarlas, al final, ella, rindiéndose a la evidencia, optó por desechar el resto de los ingredientes y desmontó la hamburguesa para centrarse en terminar la succulenta carne que la presidía.

Una vez hubieron aceptado la derrota culinaria apareció Julia por el salón, su propósito no era otro que cumplir con la costumbre de dar una pequeña regañina por no haberse acabado toda la comida; sabía que lo normal era que no se la acabasen, casi nadie lo lograba, pero salía a hacerlo porque no le gustaba que ninguno de sus clientes importantes pudiera salir con hambre o insatisfecho de su local.

—¡Si me habéis dejado la mitad de la comida!

—Julia, no podemos más, hasta esta pobre chica que venía con hambre de una semana ha sido incapaz de terminarla.

—Muy mal, tienes que comer más, que eres muy guapa pero estas en los huesos. Ven, acércate que vamos a hacernos una foto las dos juntas, a ver si tu acompañante es capaz de sacar bien una

foto.

Mientras que el camarero acababa de retirar los platos Julia le tendió a Carlos una cámara digital que traía en el bolsillo del delantal. Este, cogiéndola, se levantó de la mesa y se recostó hacía atrás buscando el mejor enfoque

—¿Estamos guapas? —Preguntó Silvia.

—Sois las chicas más guapas de todo el salón.

Tras un par de chasquidos de la cámara la pose se relajó un poco, y Julia y Silvia la cogieron para verlas en la pantalla y decidir cuál de las fotos estaba mejor. Silvia le pidió, a su vez que, con su móvil se hicieran un selfie y pidió permiso para subirla a sus perfiles en las redes sociales.

Mientras que ellas estaban con las fotos, Carlos, con mucha discreción se levantó de la mesa y sin que se dieran cuenta se dirigió a donde estaba camarero para que, de una manera discreta, le cobrase la cena. Como tenía costumbre dejó las vueltas como propina, tras lo cual volvió sobre sus pasos y sin decir nada se volvió a sentar a la mesa.

Las dos mujeres habían congeniado bien y no dejaban de conversar, Julia se dedicaba a señalarle cada una de las fotografías de la pared a la par que indicaba cuando se las habían hecho, en que situación y contaba algún que otro detalle, sin trascendencia, pero desconocido de cada uno de sus clientes. Silvia la miraba embelesada pensando que quizá algún día esta mujer le hablaría de ella a otra persona, de la misma manera que hablaba de esa gente famosa a la que muchas veces había aspirado a parecerse.

A un gesto de Julia el camarero trajo otra ronda de cervezas, esa era por cuenta de la casa, para acompañar a la intensa conversación que estaban teniendo, hasta que el dedo de la anfitriona señaló directamente la foto de Carlos, entonces Julia hizo una pausa y le miró pidiendo su aprobación. Un gesto de asentimiento bastó para que comenzara a contarle la historia con el escritor.

—Carlos es diferente a casi todos los que verás en esta pared, mientras que muchos vienen con aires de grandeza y dándose las de ser importantes o famosos él siempre llega sin avisar y de una manera discreta; si hay sitio en la sala de fuera, se sienta, pide la comida y no me entero que está aquí hasta que acaba de comer y entonces entra a saludar, porque nunca se marcha sin saludarme, y yo como lo sé y quiero que me siga saludando siempre tengo un ejemplar del libro que acaba de sacar para que me lo dedique, lo utilizo como excusa para que no se olvide de mí.

Eso sí, si no hay sitio y hay mucha gente esperando, o si viene con alguien a quien quiere impresionar, como hoy contigo, entonces me saluda primero, y yo ya sé que le tengo que hacer un hueco en este salón, salvo que lo tenga reservado claro, las veces que ha sucedido se ha quedado esperando y ha cenado fuera como uno más de los mortales, algún otro de estos se ha marchado sin cenar porque no tenía hueco en el salón interior, él nunca.

Pero me estoy desviando, la primera vez que vino Carlos fue con el jefe de la editorial para la que trabaja, este sí es un pájaro —dijo a la par que señalaba la fotografía en la que salía con el director de la editorial—, cuando llamó a la secretaria quería, a toda costa, que le reservase el salón porque iba a venir a cenar con parte de su equipo, con un escritor y un cineasta. —En ese momento señaló a la fotografía con un conocido director de cine—. Parece ser que habían vendido los derechos de un libro para hacer una película y querían celebrarlo y conocerse todos de una manera informal. Por supuesto, le pedí a la secretaria que me trajera una copia de un libro del escritor para que me lo pudiera firmar y dedicar, y desde entonces guardo un ejemplar de todos sus libros dedicados. También compré un DVD del cineasta para lo mismo, pero al final ni le pedí que lo firmara y lo tiré a la basura, ¡vaya calaña!

Cuando empezaron a entrar los comensales tuve claro quién era el escritor, los directivos de la editorial venían impecablemente vestidos con traje y corbata, el director de cine con un atuendo un tanto extravagante que a los que ya somos de cierta edad nos llama demasiado la atención y, con todos ellos una persona normal y corriente, que a la mínima ocasión regalaba una sonrisa y un gracias a los camareros, ya se veía que ese hombre estaba hecho de otra pasta.

Comieron unas de mis hamburguesas, pero claro con la comida también viene bebida, y cuando alguien reserva el salón no come y se va, sino que se queda un rato y sigue bebiendo y conversando, y con el alcohol sale la personalidad que cada uno tenemos dentro, y allí estaban: el altivo, el trepa, el fantasma... pero Carlos seguía siendo el mismo, educado, correcto, con un sentido del humor correcto y ajustado, y sobre todo sabiendo estar en todo momento.

Cuando se terminaron de comer me acerqué a él para pedirle que nos hiciéramos la fotografía para mi álbum y ya de paso que me dedicara el libro y lo primero que hizo fue darme un abrazo y agradecerme la experiencia culinaria que le había brindado, la gente me dice que mis hamburguesas están buenas todos los días, pero fue capaz de describirme con sus palabras lo que había sentido al comerlas, y te aseguro que cuando habla con el mismo sentimiento que escribe demuestra la gran persona que es.

Pero lo mejor está por llegar, porque la noche se prolongó más allá aún, el director de cine, muy extravagante no solo en su ropa, sino también en sus modos, y algunos de ellos muy malos, en

un momento dado derramó la copa encima de la mesa y cuando vino el camarero a limpiar y se inclinó encima de la mesa, haciendo una de sus bromas fuera de tono, le dio un sonoro azote en el culo al muchacho, no veas que apuro pasó el chico que no sabía ni qué hacer ni dónde meterse; mientras, el resto de los comensales le seguían la burla o se reían de la situación; todos menos Carlos, que sin importarle que el que estaba delante tenía un montón de películas y premios a sus espaldas le salta todo serio y mirándole fijamente a los ojos: “Te crearás muy gracioso, payaso, ¿por qué no te metes la mano en tus partes?”, no veas la situación, se hizo un silencio en el salón que hizo que saliera de la cocina para ver lo que pasaba. Tras unos segundos en los que nadie se atrevía ni a abrir la boca, Carlos se levantó y con un “Buenas noches, señores” se marchó del local, no sin antes venir a despedirse y pedir disculpas por lo sucedido. ¿Tú te crees que del resto de los comensales viniera alguno a disculparse?, ninguno, intentaron reconducir la situación y en un par de minutos abandonaron el local.

Yo no esperaba volver a ver a este hombre, vi que la película al final se había hecho, y, la verdad, la he visto y luego he leído el libro y este último le da mil vueltas. Ni me acordaba del tema, pero unos meses después un camarero me dijo que había un cliente que había terminado de cenar y quería saludarme antes de marcharse y allí estaba este hombre, con su sonrisa y su educación. Le dije que viniera cuando quiera, que estaba en su casa y si el salón interior no estaba reservado estaba a su disposición. Y desde entonces cada vez que viene a Barcelona pasa a hacerme una visita y a degustar mis hamburguesas.

12.

Silvia escuchaba entusiasmada el relato de la mujer con otra ronda de cervezas, ya debía ser la cuarta, que el camarero trajo tras otro gesto de Julia, mientras que miraba con admiración a un Carlos que no quería darse importancia y a quien algunos aspectos de la narración hasta le producían cierto rubor.

Una vez terminada la última ronda de cervezas y con el alcohol rondando por la cabeza, percatándose de la hora que se había hecho, de que el local ya llevaba tiempo cerrado al público y solo estaban ellos dentro, Carlos sintió que debían marcharse para dejarles cerrar y dar descanso al personal.

—Silvia, debemos irnos, tienen que cerrar.

—¡Oh!, ¡qué pena!, no me apetece irme al hotel, vamos a bailar.

—¿A bailar?

—A ver, Romeo —les interrumpió Julia— tienes un disco bar al otro lado de la manzana, llévala a bailar y divertíos un rato, deja de ser tan serio.

Ante lo que acababa de oír Carlos no pudo ceder a las miradas conscientemente suplicantes de Silvia y accedió a ir a tomar una copa al disco bar que Julia les había recomendado, “*por lo menos una copa*” le había pedido ella.

Ambos se despidieron de Julia prometiendo que volverían a visitarla sin falta la siguiente vez que volvieran a Barcelona y, ya por el camino de salida se fueron despidiendo del resto del personal que aún quedaba en el local realizando las labores de limpieza

El disco bar del que Julia les había hablado era un pequeño Pub que estaba en los sótanos de un edificio cercano, cuando entraron había bastante gente, teniendo en cuenta que era un día de labor; observando bien se podía ver se trataba de gente de mediana edad que parecía que acudían a ese lugar después de trabajar o de cenas de negocios, esto le sirvió de consuelo a Carlos que creía que iba a acabar en un garito de jovencuelos donde su edad le impediría sentirse cómodo.

Se acercaron a la barra y pidieron unas copas, ya era hora de pasar de las cervezas directamente a los combinados. Ya con las consumiciones en la mano se sentaron en una mesa libre próxima a la pequeña pista de baile del centro del local.

Si el ambiente no le desagradó al escritor desde el primer momento la música tampoco dejaba nada que desear, era una mezcla de canciones bailables de los últimos treinta años que todo el mundo, los más mayores y los más jóvenes conocían y canturreaban sus estribillos. Desde luego, la recomendación de Julia fue muy acertada.

Silvia apenas tardó dos sorbos en levantarse de la silla y coger de la mano a su acompañante para que la acompañase a bailar a la pista; él, sin hacerse rogar mucho enseguida se levantó e intentó, lo mejor que pudo, pasar desapercibido mientras no podía dejar de observar cómo, con esos movimientos hipnóticos, ella bailaba al son de la música.

Entre canción y canción se acercaban a la mesa y, sin sentarse daban un par de sorbos a la bebida, hasta acabarla, después pidieron otra, y otra más, hasta que decidieron parar de bailar, dejar de beber y sentarse a descansar.

Hubo un momento que ella, haciéndole mella el alcohol y el cansancio, se apoyó en su hombro y cuando él se giró para mirarla, fue como un relámpago, si preverlo ni pensarlo, comenzaron a besarse apasionadamente sin poder parar, como dos adolescentes que acaban de descubrirlo por primera vez.

—Vámonos al Hotel. —Le dijo ella en una pausa.

No tardaron ni un minuto en salir por la puerta del establecimiento, abrazados y regalándose algún beso más por el camino. Pararon el primer taxi que vieron para que les acercara al hotel, brindándole, durante todo el camino, un incómodo e impropio espectáculo al taxista.

Subieron hasta la habitación sin dejar de profesar muestras de pasión en todos los sitios que la discreción se lo permitía: en el ascensor, en el pasillo de la planta, delante de la puerta de la habitación... al final, ya dentro de la habitación, sin parar se fueron acercando poco a poco hasta la cama, donde ella se recostó e hizo una pequeña pausa.

—Entre el madrugón y el alcohol tengo algo de sueño, ¿por qué no cogemos unas coca colas de la máquina y así nos espabilamos?, no quiero que esta fiesta acabe demasiado pronto.

—Voy yo, ahora vengo, no tardo nada. —Contestó él.

—Vale, yo me voy quitando la ropa y te espero en la cama.

—Entonces tardaré menos.

Salió a todo correr hacia la máquina de vending de la planta y, al intentar introducir las monedas esta las escupía sin aceptarlas, esta vez para su desgracia se había vuelto a averiar, y en el momento menos adecuado; sin dudar se acercó al ascensor y le llamo con repetidas e

incesantes pulsaciones en el botón táctil.

Bajó a la planta inferior y buscó allí otra máquina donde comprar las bebidas, no podía ser, en esa estaban agotadas; siguió bajando un piso más abajo donde por fin ya pudo hacerse con ellas. Volvió a todo correr a su habitación y ya delante de la puerta, se paró para tomar aire y mostrar una imagen de normalidad.

Entró y se encontró con Silvia ya tumbada en la cama, de espaldas, parcialmente tapada con una sábana de la cama que parecía perfectamente dispuesta, ya que tapaba desde la cintura hasta los pies, dejando toda la parte superior al aire; Carlos se quedó hipnotizado por la belleza de la vista y, sin dudar ni un segundo más se acercó suavemente por detrás y comenzó a susurrarle en el oído mientras que le empezaba a pasar la mano por su espalda desnuda.

—Te traigo tu coca cola.

La respuesta no tardó pero no era como se la esperaba, en una voz muy baja, apenas inteligible ella solo le contestó:

—¿Escribirás sobre mí algún día?

Extrañado por sus palabras se separó un poco para mirarla mejor y vio que se había quedado totalmente dormida mientras le esperaba. Dudando unos instantes en qué hacer en esa situación, optó por acabar de taparle con la ropa de cama a la par que le daba un beso en la mejilla contestándola.

—Claro que escribiré sobre ti.

Mientras se iba separando vio como ella sonreía y, a pesar de lo desconcertante de la situación pensó que solo por eso había merecido la pena.

Cogió las coca colas y las dejó en la nevera antes de meterse en su cama todavía con la sensación de incredulidad y una leve frustración por la ocasión perdida por la máquina de marras; entre la hora que era y los efectos del alcohol hicieron se quedó prácticamente dormido a los pocos segundos pocos segundos.

El despertador sonó, como era costumbre, a las siete de la mañana, pero no era el mismo despertar de siempre, la escasez de horas de sueño con los restos del alcohol de la noche anterior hizo que tuviera cierto malestar. Miró a su lado y vio como Silvia seguía dormida en la misma postura en la que se había quedado la noche anterior. Se levantó y comenzó con la rutina de aseo, siendo más concienzudo con la limpieza de la zona bucal queriendo eliminar los restos del alcohol..

Cuando ya estaba vestido optó por coger de la nevera una de las coca colas del día anterior, mirándola de manera acusatoria la abrió y comenzó a beber sintiendo un momentáneo alivio en la sed que tenía.

No serían más de las siete y media cuando el móvil de Silvia comenzó a sonar con la alarma del despertador. Abrió los ojos como pudo y miro al su alrededor intentando recordar y asimilar lo sucedido el día anterior, se incorporó tapándose con cierto pudor con las sábanas y se quedó mirando a Carlos que ya estaba impecablemente vestido frente a ella.

—¿Ayer que paso?, lo último que recuerdo es que ibas a por unas coca colas.

—Si, aquí está una de ellas, ¿no recuerdas nada más?

—No, cuéntamelo e intenta que no me avergüence mucho.

—No, si no es para avergonzarse, te lo aseguro, pero te has olvidado lo mejor, irrepitible.

—¡Ay madre!, ¿seguro?

—Seguro, cuando volví estabas completamente dormida.

—¿Y tú qué hiciste?

—Taparte, darte un beso de buenas noches, contemplarte un rato y meterme en la cama.

Ella cogió el móvil y miró la hora, hizo el amago de levantarse enrollándose con las sábanas a lo que Carlos, con cierta delicadeza, se dio la vuelta para permitir que se pudiera vestir con toda la ropa que ella había dejado tirada el día anterior a los pies de la cama. Se vistió con celeridad y dándole un beso en la mejilla y con una corta e improvisada despedida salió de la habitación rápidamente.

Carlos se quedó solo y algo desconcertado, aunque se suponía que eso era lo normal que pasaba en esas situaciones y, a pesar de que la noche no había estado dentro de lo que se también podía considerarse normal en esos casos, una huida tan rápida no dejaba de sorprenderle.

Sin querer ir más allá acabó de preparar la maleta colocando ordenadamente todas sus cosas y salió de la habitación, eran las ocho menos cuarto y aún le daba tiempo de desayunar con cierta tranquilidad en la cafetería del hotel. En el pasillo se acercó hasta la puerta de la habitación de ella y dudo si llamar para despedirse, tras unos segundos de indecisión al final temiendo incomodarla optó por marcharse sin decir nada, tenía su número de móvil ya la llamaría o le mandaría un mensaje más adelante, en otro momento.

Pidió, como los días anteriores, su café y su sándwich mixto, apenas llevaba la mitad del desayuno cuando le comenzó a sonar el teléfono.

—Carlos, soy Silvia, ¿te has marchado ya? Te estoy llamando a la puerta de la habitación

—No, estoy en la cafetería, estaba desayunando.

—Espera que bajo, que quería despedirme.

—Vale, ¿te pido algo?, un café potente de esos.

—Eso, un café de esos.

La llamada le hizo sentir cierto alivio, no le hubiera gustado marcharse sin despedirse, pero, por prudencia lo había evitado, dejó el teléfono encima de la mesa y le hizo un gesto al camarero para pedir el café.

En un par de minutos escasos entró en la cafetería, ya perfectamente vestida y maquillada, arrastrando un voluminosa maleta que le dificultaba su paso por entre las mesas del salón. Se sentó a su lado y le obsequió con una sonrisa.

—¿Pensabas irte sin despedirme?

—He dudado, pero como has salido corriendo esta mañana me ha dado por pensar y... a veces pienso demasiado y peco de prudente.

—Si, es que tengo el AVE a las nueve para Madrid y temía perderlo.

—Vaya, que mala suerte, yo vivo en Madrid pero esta vez cojo el tren de Valencia, también a las nueve.

Le contó como a pesar de vivir en Madrid, suele pasar temporadas en una casita que tiene en las afueras de Valencia, donde aprovecha para cargar pilas y para iniciar los nuevos proyectos. Unos días antes de ir a las reuniones con la editorial suele aprovechar para irse ya allí en coche y preparar la casa para pasar la temporada. Luego desde allí utiliza el tren para desplazarse a Barcelona y desde Barcelona ya vuelve para quedarse unos meses.

—Que pena, podíamos haber hecho el viaje juntos. —Dijo ella.

Ella por su parte le relató cómo, aun viviendo en La Coruña, la agencia que la representaba estaba en Madrid y, como, antes y después de cada trabajo tenía que pasar por la agencia para hacer papeleos. Muchas veces era el simple trámite de firmar uno o dos documentos, pero ello le hacía que siempre tenía que pasar por la Capital, y, desde allí, coger otro medio de transporte hasta su casa.

—Bueno, podemos hacer el viaje juntos hasta la Estación de Sants.

—Eso sí. —Contestó ella.

Salieron del Hotel y cogieron el primer taxi que encontraron, una vez cargaron las maletas se sentaron en la parte posterior del vehículo y le dijeron el destino al taxista.

En el taxi reinaba el silencio absoluto, ninguno de los dos quería decir nada, sabían que era una despedida y ambos querían evitarla en la medida de lo posible. Al poco rato ella, mirando por la ventanilla sin querer cruzar la mirada con él, le cogió de la mano suavemente, Carlos tampoco lo evitó y blandió su mano.

Se bajaron del taxi y cada uno cogió su maleta, caminaron hacia el interior de la estación sin hablar también cogidos de la mano; eran las nueve menos veinte y apenas había tiempo para despedidas, al final, ya antes de cruzar hacía la zona de larga Distancia, donde se encontraban cada uno de sus respectivos trenes, se abrazaron fuertemente.

—Te echare de menos. —le susurró ella al oído.

—¿A mí, a mi habitación, o a mis botellas de agua?

—A ti, tonto.

—Bueno, cuando vengas a Madrid o a Valencia no dejes de llamarme, te puedo invitar a una hamburguesa o a un café potente de esos que tomas, y si te quedas varios días siempre tendré para ti una cama y una botella de agua.

—Te tomaré la palabra.

Se dieron un beso y, cada uno cogió dirección hacia su tren, pasados unos metros él se giró y vio que ella también le estaba buscando con la mirada, ambos, ya con distancia, se hicieron un resignado gesto de despedida con la mano y cada uno siguió su camino.

El viaje fue muy prolífico para Carlos, estuvo todo el viaje escribiendo, tenía una idea de un nuevo personaje femenino, un personaje que no sabía en qué novela utilizaría pero que, sin duda, lo utilizaría en un futuro. En tres horas pudo escribir la historia de una chica en la que, parte de realidad y de ficción se mezclaban dando lugar a una historia que solo había que adornar después con lugares, situaciones y otros personajes secundarios. En ese momento supo que, por fin, había encontrado a esa musa que, desde la lejanía, le inspiraría a escribir cosas diferentes.

El taxi le dejó en la puerta de casa a las una de la tarde, un pequeño chalet unifamiliar rodeado de un jardín que un servicio de jardinería mantenía cuidado cuando él estaba en Madrid. Revisó que todo estaba tal y como lo había dejado, y levantó las persianas. Desde su habitación podía ver el mar y, sin deshacer la maleta, se acercó y se quedó un largo rato mirando al horizonte mientras pensaba en lo ocurrido en los últimos días.

Al final decidió que lo mejor sería ir a dar un paseo por la playa; más tarde, como no tenía comida preparada, ya iría a comer a algún sitio. Se puso una camiseta y un pantalón corto y bajó por un camino que conducía hasta la playa, a pesar de la buena temperatura, en ella apenas había algún que otro pequeño grupo de personas mayores, posiblemente jubilados que residían en la misma zona.

Un rato después el teléfono comenzó a sonar, era Silvia, sonrió al ver su nombre en la pantalla y no dudó ni un instante en contestar.

—Hola Silvia, ¿qué tal el viaje?

—Hola, he acabado antes de lo esperado y ya estoy en Barajas, justo ahora me estaba acordando de ti.

—¿Ah sí?

—Si, resulta que no tengo avión hasta las cuatro menos cuarto, pero es que he visto en las pantallas que a las tres menos cuarto hay un avión a Valencia y he dicho, ¡jo!, ¡Valencia!, donde está Carlos, y no he podido evitar llamarte para oír tu voz.

—¿Por qué no lo coges y te vienes?

—¿Qué?

—Que lo podías coger y venir, son las dos de la tarde, el avión sale en tres cuartos de hora, te da tiempo de facturar ese maletón que llevas, a las cuatro yo estoy en Manises esperándote y, aunque sea un poco tarde nos da tiempo de comer juntos, después de comer ya decides si te marchas o si te quedas a cenar.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, voy de camino a coger el coche.

—¡Vale!, a las cuatro en el aeropuerto.

—Allí estaré, no tardes.

Notas.

1. Véase: *Hoste de Mortos*, de Conde de San Xoan.